



José Ovejero

Insurrección



JOSÉ OVEJERO

Insurrección

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2019

© José Ovejero, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 15970-2019
ISBN: 978-84-17971-05-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Aitor no podía recordar ningún acontecimiento en su vida que le hubiese afectado tanto como la desaparición de su hija. Aunque Ana se había marchado de casa voluntariamente y después de anunciar varias veces su propósito, más bien, de amenazar con él, Aitor sentía la angustia de quien ha perdido a alguien muy querido en un accidente o una catástrofe. Que él nunca hubiese deseado tener hijos no hacía menor la desolación.

Había supuesto que los tendría, no tanto por voluntad propia como porque le parecía la consecuencia lógica de lo que se le antojaba el resultado más probable de su deseo de vivir con una mujer. De adolescente sí había soñado con una vida intensa y sin ataduras, una vida nómada en la que podría ir decidiendo sobre la marcha los lugares y las personas que lo rodearían, también la duración de sus relaciones, pero muy pronto se dio cuenta de que lo que él necesitaba era una mujer sosegada y afectuosa, que le ayudase a apaciguar una inquietud que, aunque no salía casi nunca al exterior, le mantenía con una premonición de desastre inminente, una amenaza para la que tenía que estar preparado. Esa mujer sin duda querría tener hijos –sospechaba que las mujeres sosegadas y afectuosas tienden a aspirar a una familia– y él lo aceptaría, como aceptaría comprar una casa, firmar una hipoteca, tener un empleo estable y visitar a los padres de ella algunos fines de semana y desde luego en Navidades. Esa perspectiva le parecía ligeramente engorrosa pero no muy preocupante, como estar obligado a hacer la compra o a lavar el coche, tareas que no son divertidas pero tampoco tan desagradables como para amargarte el día, rutinas, sucesiones previsibles de actividades que servirían para tranquilizarlo y darle una estructura con

la que aliviar sus temores. Pero de haberle preguntado si él, independientemente de los deseos de otros, él, desearía tener hijos, habría contestado sonriendo que le gustaría mucho tener un perro. Un perro, pensaba, le habría bastado para desactivar el desasosiego que producía zumbidos en su interior.

Es probable que su desapego hacia los niños tuviese que ver con que cuando él lo era, Antón, su padre, un ingeniero dedicado a la construcción de pozos petroleros, pasaba largas temporadas fuera de casa y del país, por lo que su relación con él fue como la que podría haber tenido con un pariente lejano, y con que Maika, su madre, tampoco fue muy dada a las efusiones afectivas. No es que lo maltratase o descuidase, pero se limitaba a cumplir sus obligaciones como quien realiza un trabajo imprescindible, poco placentero aunque no muy molesto, igual, también, que lavar el coche o hacer la compra. Ella habría preferido tener una niña. Más bien, estaba absolutamente convencida de que era una niña la que crecía en su vientre y sin embargo veinticuatro horas antes del parto todavía no había decidido cómo se iba a llamar, decisión que iba a tomar sola porque su marido llevaba tres meses trabajando a cien kilómetros de la costa Noruega y nunca encontraron ocasión de discutir el tema.

Aitor tuvo suerte de no nacer niña.

Si su madre no había decidido el nombre se debía a que aborrecía todo lo que sonase a tanto a vasco a español. El padre de Maika había sido un alcohólico que maltrataba a su mujer con la misma saña con la que defendía la independencia del País Vasco y consideraba afeminados y ateos a todos los españoles sin excepción, y Maika no recordaba ya si los meses que el padre pasó en la cárcel fueron consecuencia de una de las palizas que pegó a la madre o de sus actividades políticas en el círculo anarquista al que pertenecía. Maika se llamaba en realidad María del Carmen, pero el padre prohibió que se la llamase así e impuso esa contracción más arraigada, como él decía, en la patria vasca. La hija, aunque despreciaba los discursos del padre sobre la superioridad de los vizcaínos –muy por encima de los guipuzcoanos y, por supuesto, de los alaveses–, no supo desprenderse de su aborrecimiento por los españoles, como tampoco consiguió,

una vez instalada en Madrid, volver a llamarse María del Carmen o, al menos, Mari Carmen o Carmen a secas; aunque se presentó así a sus nuevos conocidos, la costumbre, o un orgullo que le resultaba tan difícil explicar como aceptar, la llevó al poco tiempo a volver al nombre de su infancia y su juventud. Así que no se decidía por un nombre habitual en ninguna de esas dos tradiciones que la incomodaban como unos zapatos demasiado pequeños y había coqueteado con la posibilidad de poner a su hija un nombre indígena americano, como Pocahontas o Malinche, pero una información radiofónica cambió sus preferencias. Aitor iba a nacer el 6 de agosto de 1970, en un parto inducido porque el embarazo se encaminaba a las cuarenta y dos semanas de duración, y desde la cama del hospital Maika oyó en la radio de su vecina de habitación que se conmemoraban los veinticinco años de la bomba de Hiroshima y, quizá algo confundida por los dolores, por la soledad (nadie de la familia estaba con ella en esos momentos) y después por los efectos de la anestesia necesaria para la cesárea, decidió que su hija se llamaría Hiroshima. Le parecía un nombre sonoro, exótico y original a la vez, adecuado para la persona excepcional en la que se convertiría su hija. Cuando le mostraron lo que evidentemente era un varón, ella al principio insistió en haber parido una niña, pero tuvo que aceptar si no las afirmaciones del cirujano y las enfermeras, sí la evidencia de aquel pene de un tamaño que a ella le pareció exagerado para un niño tan pequeño, y cuando horas más tarde una mujer en bata blanca le preguntó cómo se iba a llamar el recién nacido, ella no supo qué responder. ¿Cómo se llama su padre?, quiso ayudar la médica o enfermera. Aitor, respondió Maika, dando el nombre de su propio padre, quizá porque se le trabó la lengua debido a la cercanía fonética con el nombre de su marido, pero, aunque luego habría podido corregir el malentendido o elegir un nombre distinto, la indiferencia y el cansancio la llevaron a dejar las cosas como estaban, por lo que el niño acabó con nombre vasco y apellido castellano, Aitor Sánchez.

Una de las pocas veces que Maika habló a su hijo del embarazo y del parto, él todavía era pequeño, le contó entre carcajadas que en realidad se iba a llamar Hiroshima, en honor de la

ciudad arrasada por la bomba atómica. A él le entraron unas ganas inexplicables de llorar y no habría sabido decir si por la hilaridad tan poco habitual en la madre o porque le dolía que no lo hubiese querido a él, precisamente a él, en lugar de a una niña o a un niño cualquiera. Consiguió preguntarle por qué estaba convencida de que iba a tener una niña y ella, después de pensarlo un poco, dijo que había sido un embarazo muy sencillo, casi sin náuseas, y nunca le había dado patadas y apenas se movía, de forma que a menudo ni notaba su presencia, como si el cuerpo del feto no rozase jamás las paredes del útero. Los chicos te patean ya antes de salir de tu cuerpo, aclaró, aunque no tenía motivos para saberlo. Aitor se imaginaba dentro de su madre como un astronauta flotando y girando sobre sí mismo en el espacio, lentamente, unido a la nave tan sólo por un cable que le impedía perderse para siempre en la negrura que lo rodeaba.

Aitor no tuvo hermanos: su padre decidió quedarse en Brasil, donde llevaba varios meses trabajando para Petrobras en la extracción de petróleo a orillas del Amazonas (envió un par de fotografías de la selva y otra de un tapir muerto al que faltaba una pata), y pidió el divorcio por poderes, que Maika aceptó sin resistencia. La última vez que Aitor vio a su padre fue en una foto de *El País*, que ilustraba un artículo sobre un proceso abierto a Chevron en 2003 por un vertido de petróleo en el Parque Nacional Yasuní, de Ecuador. Su padre sonreía entre los acusados; aparentaba más años de los que podía tener, con unos pocos pelos pegados de lado a lado de una calva reluciente bajo los flashes, una chaqueta de mangas demasiado cortas y gruesas gafas de catedrático de alguna lengua muerta. A pesar de la sonrisa tenía un aire perdido, indeciso, incómodo, y la corbata suelta y el cuello de la camisa desabrochado un botón daban la impresión de que acababan de sacarlo de una fiesta en la que había bebido demasiado para llevarlo al juicio. Aitor no enseñó la fotografía a su mujer y tampoco preguntó a Maika si la había visto.

Su madre no se casó de nuevo ni tuvo, que Aitor supiese, relaciones duraderas con otros hombres. Se suicidó el mismo día que Aitor cumplió veintinueve años, unos minutos después de

llamar para felicitarlo y de decirle que se le había olvidado comprarle un regalo.

Así que quizá por no contar con un modelo atractivo para relacionarse con niños, Aitor nunca deseó tenerlos, pero tampoco vivió una experiencia tan conflictiva como para oponerse decididamente a ello. No estaban en su programa, aunque acabarían llegando, como las arrugas o, si heredaba esa característica de su padre, la alopecia. Por eso le sorprendió tanto la fuerza de su vínculo con Ana y que la niña, desde nada más nacer, se convirtiese en el centro de su vida, más que su mujer, Isabel, y desde luego más que Luis, el otro niño que tuvieron cuatro años antes que a Ana, con quien cultivó la relación de amable indiferencia que había caracterizado la de Maika con él. Así que a pesar de todas las dificultades, las discusiones, los insultos, las peleas y los problemas en los que se había ido metiendo Ana desde antes de que se la pudiese siquiera clasificar como adolescente, a Aitor su partida le dejó literalmente sin aliento, con dificultades para respirar debido a la angustia que le asaltaba en los momentos más inesperados, mientras comía, al despertarse en la noche, también durante el trabajo en la radio, incluso en medio de su programa. Entonces tenía que detener lo que estuviese haciendo y concentrarse tan sólo en respirar, con miedo a perder el conocimiento, y había sido una suerte que, cuando el ataque le dio mientras realizaba la emisión, lo hiciese durante una pausa publicitaria.

Porque esa vez no era como otras. Esa vez Ana no se marchó en medio de un cabreo para volver dos días después, con un nuevo tatuaje o un nuevo piercing, como las muescas en el revólver de un cazarrecompensas o las cabelleras en el cinturón de un piel roja, testimonios de otra aventura y de un grado más en el endurecimiento de su corazón y en su elección de una vida salvaje, sin ley. Ya ni quedaba el consuelo de verla regresar más fría, más distante, más despreciativa que poco antes de marcharse. Ana no iba a volver, a no ser que le sucediese una auténtica catástrofe, y él no sabía si temer la desgracia o deseársela.

¿Has visto a tu hermana?

¿Otra vez? Ya me preguntaste ayer por la mañana, y anteayer. Y el otro.

Pero podrías haberla visto después. ¿Qué estás desayunando?

Cereales.

Eso es una porquería, hijo. Tienen un montón de azúcar.

Los como porque me gustan. No espero que sean sanos. Nada de lo que comemos es sano.

Desayuna fruta.

Tiene pesticidas.

¿De verdad que no has visto a tu hermana?

Te lo juro.

Luis, es importante.

Ya lo sé, papá. Me lo recuerdas todos los días.

Y si no fuese por ti no estaría en esa mierda.

Joder.

Sí, eso, joder. ¿No tienes que ir a clase?

Y tú, ¿no tienes que ir a trabajar?

Tampoco te ha llamado, supongo.

No me ha llamado. Y su número está desconectado.

¿Tu madre?

¿Qué le pasa a mamá?

Nada. Que a lo mejor ha hablado con ella.

Pregúntale.

No sé qué hacer. Sí, no me lo digas, estoy muy pesado, pero es que no sé qué hacer. Son ya más de diez días.

Estará bien. Anita sabe buscarse la vida.

Es una menor. A lo mejor no te das cuenta, pero tu hermana es una menor. Podría obligarla a vivir con nosotros.

En teoría sí. Pero ya sabes lo que iba a durar.

Entonces, ¿tu madre...?

Hablo con ella tan poco como tú. No sé siquiera si está en Madrid.

Tengo que irme.

Vale.

Si llama...

Que sí.

Tu hermana se ha vuelto loca. Porque no es normal lo que hace.

Ella diría que tampoco es normal cómo vives tú.

Tengo un trabajo, mantengo a mis hijos.

Eres un esbirro del capital. Quiero decir que es lo que diría ella. Que trabajas para una emisora al servicio del capital.

Soy periodista. Tengo que trabajar para algún medio y no puedo elegir para cuál. ¿O se cree que puedo elegir, que digo quiero trabajar aquí o allí y no necesito más? Encantados, señor Sánchez, empiece cuando quiera, ¿qué despacho desea?

Ella dice que siempre se puede elegir. Pero que nos da miedo hacerlo.

O sea, que sí has hablado con tu hermana.

Vete a trabajar, anda.

Es que me la imagino pegando tiros o atentando contra un político. Y no me digas que exagero. Por Dios, tiene diecisiete años y ya ha estado acusada de terrorismo.

No ha estado acusada de nada. La detuvieron y la soltaron. No había la menor prueba.

Lo que no significa que no fuese culpable. Una bomba en una papelería. Hay que ser gilipollas.

Era sólo un petardo. Un poco de ruido y de humo. No hirieron a nadie.

Pero podían haberlo hecho. Y el petardo estaba frente a una comisaría.

No se demostró que fuese ella. Es sólo que se encontraba cerca, nada más.

¿Por qué la defiendes todo el rato?

Estoy intentando tranquilizarte. Pero ya veo que da igual.

Tengo que irme.

Que sí.

Llegaré tarde, hoy tenemos reunión después del programa. Pero ya sabes cómo localizarme. Anda, desayuna otra cosa.

¿Por qué no te vas de una vez, papá?

Bueno. Dame un beso.

¿Cómo?

Nada, está bien. Me voy. Voy a coger el metro, lo digo por si quieres usar el coche. Avisa si llegas tarde.

Papá, en serio, ¿qué te pasa? Hace años que no aviso si llego tarde. Hace años que no nos damos besos.

Ya. Tampoco pasa nada porque un hijo dé un beso a su madre. Nos vemos luego. O no. De verdad que tu hermana me va a volver loco. Todo el día con esa gentuza. Y no quiero ni imaginar con quién duerme. O con quiénes.

Adiós, papá.

Adiós, hijo. ¿Sabes cómo tengo de alta la tensión? Me la medí ayer. A los cuarenta y siete tengo la tensión de un anciano.

Adiós, papá.

Y tu madre vendiendo bolsos por ahí. Como si le diese todo igual. Le da igual, probablemente. Sí, sí, hasta luego. Qué mierda es todo.

Yo podría vivir bien, te dices nada más cerrar la puerta. Yo podría tener una vida tranquila. Sentarme en un sillón al llegar a casa de vuelta al trabajo. Quedarme un rato sentado sin hacer nada porque ya está todo hecho. Leer un libro mientras bebo una cerveza. Levantar la cabeza y sonreír cuando mi hija llega a casa, esperar, aún con media sonrisa en los labios, a que se acerque y me dé un beso en la mejilla. ¿Cómo estás, papá? Conversar con ella, preguntarle cómo le ha ido en el instituto. Escuchar sus historias sobre ese profesor tan aburrido o sobre ese compañero que le gusta pero no le hace caso (o de lo que sea que hablan hoy los adolescentes, porque tengo dos hijos pero no sé qué les interesa a esa edad). Leer otro rato. Olvidarme de lo que estoy leyendo porque pienso en esto y aquello, en cosas sin importancia que, en realidad, no me preocupan. Dejarme llevar por esa película sin argumento, la sucesión de escenas poco significativas de recuerdos y fantasías. De pronto caer en que se ha hecho tarde. Levantarme del sillón, abrir la puerta del frigorífico y dudar si hacerme una tortilla o un bocadillo. Darme la vuelta y encontrarme con mi hija en pijama. ¿Te vas ya a acostar? Estoy cansada y mañana tengo exa-

men de Sociales. Darle un beso de buenas noches, me voy a dormir, papá; que descanses, cariño. Cenar de pie, apoyado en la encimera, aún sin pensar en nada concreto. Cepillarme los dientes mientras tarareo una canción tonta. Meterme en la cama con una sonrisa satisfecha. Apagar la luz. Dormirme. No tener sueños. Eso es importante: no tener sueños. Porque la felicidad, digan lo que digan, consiste precisamente en eso: no tener sueños.

Y ahora te sobresaltas al abrirse la puerta del ascensor interrumpiendo tus divagaciones y te quedas un momento dudando, como quien despierta y no sabe si está en su dormitorio o en un cuarto desconocido. Ibas a salir a la calle pero has pulsado el botón equivocado y estás asomado al garaje, a sus luces blancas y a sus rincones oscuros, a su olor a gasolina y a goma y a polvo húmedo, vacío aunque a esas horas la mitad de los habitantes del edificio debería estar saliendo hacia su trabajo. Inicias el ademán de pulsar el botón para subir al bajo e ir caminando o en metro a la emisora, como te habías propuesto, pero al final siempre te pasa lo mismo, que, a pesar de los buenos propósitos de caminar y usar transporte público (por el medio ambiente, por la salud, por el ahorro, etc.) acabas cogiendo el coche. Incluso, con la otra mano, la que no señala el botón del bajo, ya has sacado las llaves del bolsillo y ni siquiera te has dado cuenta. De todas formas, el chico preferirá la moto al coche, o al menos eso esperas, pero sonríes al imaginarlo delante de la plaza de garaje vacía, sacudiendo la cabeza y pensando qué mal está el viejo.

No hay niebla, claro, en el mes de junio, pero la contaminación o tus ojos quizá húmedos convierten las calles en fotografías borrosas o tan antiguas que los contornos se disuelven; tienes la vaga sensación de estar adentrándote en una imagen recordada, en un espacio a punto de desvanecerse. En alguna de esas calles, quizá en uno de los edificios entre los que avanza tu BMW, residuo de los buenos tiempos, pecio embarrancado que aún conservas porque está ya tan viejo, no sólo por las abolladuras y arañazos, también por los ruidos del motor como de piezas sueltas, que apenas sacarías dos o tres mil euros

por él si lo vendieses, en uno de esos pisos podría estar Ana y por eso a veces inspeccionas sus terrazas y sus ventanas como si la buscaras, e incluso metes la cabeza entre los hombros para poder barrer con la vista también los pisos superiores. Te la imaginas durmiendo, sola, por favor, que esté durmiendo sola, con el pelo lleno de trasquilones y un hilo de saliva resbalando por la comisura de los labios. Tiene los puños cerrados, siempre dormía con los puños cerrados, con un gesto que a ti te conmovía porque te parecía que preservaba a la niña que todavía era: había en Ana aún residuos de bebé, un recuerdo de cuando te sentabas a su lado mientras dormía, ¿hasta qué edad lo hiciste, hasta que tenía doce años, trece?, y no es que no te hubiese gustado años después seguir sentándote a su lado, de madrugada, mientras no sólo Ana dormía, también tu mujer y tu hijo, porque siempre guardaste esos hábitos no del niño, del adolescente que fuiste aunque te cueste creerlo, trasnochar, deambular por la casa en silencio, asomarte a las calles vacías y quedarte así muchos minutos, viendo la oscuridad falsa de la ciudad, mirando las ventanas de los vecinos e imaginando sus vidas, siempre en las nubes, te decía tu madre cuando te encontraba delante de la ventana o sentado en el sofá sin hacer nada, porque para ella eso era no hacer nada, y te llamaba romántico y te preguntaba si estabas pensando en alguna chica, única explicación que encontraba a la inactividad aquella mujer hipersensitiva en sus fases de euforia, que entonces se mordía las uñas y había ido desarrollando tics, como alisarse la falda una y otra vez, o dar golpecitos con el índice en la esfera del reloj —señalando quizá la cercanía de una cita en la que se decidiría el futuro, algún futuro—, pero tú sencillamente te asomabas a la ventana o a tus fantasías porque intuías que la vida estaba en otro sitio, no justo allí donde te encontrabas, siempre un lugar estrecho y sin alicientes, no, la vida no era eso, sino lo que ocurría en casa de los vecinos, con sus dramas y pasiones que esperabas que un día fuesen los tuyos, sin saber entonces que los dramas y las pasiones a menudo no son tan excitantes para quien los vive sino una carga y una fuente de miedos y aprensiones, un peso que a algunos los obliga a asomarse a sus ven-

tanas e imaginar vidas tranquilas, quizá parecidas a la tuya, pero tú eso ni siquiera podías intuirlo y no te acostabas hasta muy tarde, cuando te caías casi literalmente de sueño, porque no podías aceptar que el día hubiese terminado sin que ocurriera nada memorable, ningún acontecimiento que te abriera de repente la puerta a una vida distinta, más bien, estabas convencido de que un día el distinto serías tú, y por eso no te ibas a dormir, para fantasear y no resignarte a seguir siendo noche tras noche el mismo en el mismo sitio, y se te quedó esa costumbre, también cuando te casaste, y a tu mujer le molestaba como una infidelidad que, aunque os fueseis juntos a la cama, también aunque hubieseis hecho el amor, luego te levantaras y te quedases a veces durante horas en el salón a oscuras, mirando esa calle que era otra y a un tiempo la misma que mirabas de joven, así que fue natural que te ocupases de Ana por las noches, no de Luis, porque tu mujer con el primero aún se sentía obligada a ser la responsable de cambiar pañales, dar biberones, poner el termómetro, pasear al bebé por la casa hasta que se dormía, pero con Ana te cedió el espacio, si de todas formas no duermes, decía, así que con ella sí eras tú quien daba biberones por la noche y cambiaba pañales y acunaba y, más tarde, quien apaciguaba terrores nocturnos tumbándote a su lado hasta que se dormía otra vez, y ni siquiera te importaba leerle o contarle historias si despertaba de madrugada y tú aún estabas con ella, porque en la falta de sueño salió a ti, y la entretenías, os entreteníais, con lo que le leías o inventabas en ese momento para ella, y aún te hace sonreír que, si te sorprendía dudando de cómo seguir, te preguntaba, pero ¿eso es verdad o te lo estás inventando?, y tú respondías, todo lo que te cuento es verdad, un rito ya entre vosotros, aunque sospechas que no te creía, pero necesitaba de todas formas asegurarse de que tu respuesta era sólida, convincente, tranquilizadora, como todos los ritos, y no sabrías decir con exactitud hasta qué edad de Ana seguiste acompañándola por la noche en sus insomnios o también mientras dormía –de alguna manera estar a su lado te hacía sentir que ella percibía tu presencia y le daba el reposo que a ti te faltaba–, pero sería alrededor de sus once años, o

doce, la misma época en la que dejaste de bañarla o acompañarla mientras se bañaba, la misma en la que ya no la ayudabas a vestirse —y la ayudaste por mucho más tiempo de lo que habría sido necesario— y procurabas no mirarla con el arrobo de antes, y fingir que no notabas los cambios en su cuerpo, aunque te incomodaban las transformaciones en sus pechos y en sus caderas, y es verdad que no te excitaban pero sí te hacían sentir culpable, porque las rechazabas, no querías que tu hija cambiase, que te abandonase aún apegado a su infancia, y también quizá porque descubrías en ella un azoramiento cuando la encontrabas sin o con poca ropa o coincidíais en el baño, o, por un reflejo antiguo, te tumbabas un momento a su lado, o ella se sentaba en tus rodillas y jugaba a darte montones de besos, quizá ella también luchando para no darse cuenta de que vuestra relación estaba cambiando, empeñada en seguir siendo para ti la niña, haciéndote el favor que ese cuerpo desmentía hasta que ya no fue posible ignorarlo y se acabaron los besos y los cuentos y ayudarla a vestirse, y ya tocabas siempre a su puerta y esperabas el permiso para abrirla, o ni siquiera, entreabrirla, ¿vienes a cenar?, ¿estás bien?, y más tarde hasta empezaste a sentirte un intruso con tan sólo asomar la cabeza a su dormitorio y ella, porque no era sólo una sensación tuya, a suspirar fastidiada cada vez que la interrumpías —interrumpirla, ¿qué estaba haciendo que era tan importante?— o importunabas, así que dejaste de verla dormir, aunque no es del todo cierto porque alguna vez, de madrugada, muy despacio, giraste el picaporte con miedo a que te oyese, o a que te oyese tu mujer, porque cómo ibas a explicar para qué abrías la puerta del dormitorio de tu hija a esas horas, sobre todo teniendo en cuenta que ya hacía tiempo que tu mujer miraba con desconfianza tu ternura hacia Ana, ya es mayorcita para vestirse sola, decía si te descubría poniéndole un jersey, y cuando aún dabas a tu hija la crema solar lo hacías sin levantar la vista para no encontrarte con el gesto de recelo y que no te hiciese sentir culpable, no porque lo fueses, porque de verdad tú en la niña seguías viendo a la niña, pero igual que te sientes culpable ante un policia que examina tus papeles aunque estén en regla o, si

estás frente a una mujer que te gusta y te fuerzas a no mirarle los pechos de todas maneras eres consciente de estar forzándote y sospechas que ella lo sospecha, así que te quedabas unos segundos escuchando en la oscuridad y sólo entonces, cuando no oías crujidos de la cama ni pasos ni te llegaba el resplandor de la luz de la mesilla de vuestro dormitorio, asomabas muy despacio la cabeza al de Ana, que es por lo que sabes que de adolescente también dormía con los puños cerrados, como estará haciendo ahora, en esa habitación de ese piso que no sabes dónde se encuentra, pero de todas formas la imaginas en él, difuminada como si la niebla inventada de la calle entrara en su cuarto, envolviera los objetos, se desparramara por el suelo, como si la propia habitación fuese parte de lo que está soñando Ana, un mundo deshilachado y a punto de desvanecerse, y querrías imaginarla con todo detalle pero te pasa como con los recuerdos, que también están envueltos en niebla, que cuanto más intentas visualizarlos con precisión más consciente eres de cuántos rasgos son imposibles de reconstruir, y entonces enciendes el móvil con el botón del volante, llamas al de Ana y escuchas mientras haces un giro a la derecha «el número que ha marcado está apagado o fuera de servicio. Inténtelo más tarde», y entonces dudas, avanzas aún cien o doscientos metros, pero te decides por fin y pruebas con el de Isabel.

Hola, Aitor.

Hola. ¿Dónde estás?

Hay un silencio tras la pregunta, que se alarga lo que tardas en rodear la Plaza de Cibeles para subir por Gran Vía, también mientras esquivas la moto que ha aparecido delante del morro del BMW y frenas de golpe, y aún no has añadido nada cuando el motorista da un puñetazo enguantado sobre el capó y tú miras hacia lo alto, hacia el cielo, porque te parece que el motorista está señalando algo allí arriba, sin volverse, y tardas un par de segundos en darte cuenta de que no es el índice el dedo que ha desplegado en vertical.

Quiero decir, si estás en Madrid.

Sí, pero me voy mañana otra vez.

No paras.

Otro silencio. Da igual lo que digas y en qué tono lo digas, incluso aunque te esfuerces en sonar jovial, despreocupado, tanto que hasta a través del móvil podría intuirse la sonrisa con la que adornas tus palabras, de todas formas suenan a recriminación o juicio. Te las repites ahora en el paréntesis que forma su silencio, como creando un eco mental que te resulta fácil producir, y a pesar de todo también a ti te suenan a reproche, porque esa pregunta tan simple, dónde estás, parece implicar otras preguntas que no has hecho ni pensado en hacer, no sólo dónde estás, también con quién, y por qué no llamas, al menos para hablar de Ana, pero parece que no te importa nuestra hija, todo te da igual... Oyes el suspiro de Isabel y como ya estás convencido de que no va a responder a tu pregunta, porque hacerlo sería obligarse a dar explicaciones, y ella no está obligada a absolutamente nada, te lo ha dicho varias veces, que ella ya ha hecho todo lo que podía, y que tenía derecho a vivir sin arrastrarte a ti, ese fantasma quejumbroso, a todas partes en su nueva vida, no, no va a responder más que con ese suspiro cansino, así que eres tú quien da explicaciones.

Es que me gustaría verte.

¿Por algo?

Por la niña.

No tengo mucho tiempo. Ya te digo que me voy pasado mañana.

Por la niña, repites, y si añadieses algo en el nuevo silencio esta vez sí habrían sido recriminaciones, y quizá ella lo intuye, porque ahora responde después de un nuevo suspiro con el que te transmite cansancio o hartazgo.

La semana que viene tengo un hueco, miércoles por la tarde. A eso de las siete.

¿En El Despertar?

Vale. ¿Estás bien?

Te pregunta si estás bien y a ti se te hace un nudo en la garganta, no es la primera vez en estos días que de pronto sientes esa congoja sin motivo, es decir, la congoja claro que tiene motivos, pero no que de repente y en una situación banal, en el coche, en medio del tráfico madrileño, y ante una pregunta banal,

estás bien, se te humedezcan los ojos y te cueste articular las palabras, así que mientras introduces la tarjeta en el control del garaje sólo contestas:

Hasta la semana que viene entonces.

Insertas una y otra vez la tarjeta en la ranura pero la barrera no sube, y aunque ya sabes que no va a subir insistes y das un par de golpes al poste electrónico antes de pulsar el botón para hablar con Seguridad.

Soy Sánchez, que no se abre otra vez.

Ya bajo.

Aguardas, sin acordarte de apagar el motor, ya con tus pensamientos en otro sitio, alejándose de Ana y de la cama en la que probablemente duerme a esas horas, porque con la adolescencia esa niña madrugadora comenzó a dormir los fines de semana hasta el mediodía o incluso más tiempo y ahora seguro que todos los días son fines de semana para ella, que reniega del trabajo y del estudio regulado por instituciones y normativas, pero ya estás pensando en que en una hora tienes que enfrentarte a Pascual, que te propondrá la enésima remodelación del programa o te anunciará un cambio de horario, a peor, porque con él los cambios son siempre a peor, y temes que cualquier día te pidan la tarjeta de identificación y la del garaje, que por eso te pone particularmente nervioso que la barrera no se levante, porque podría significar que te han sacado del sistema, y sólo puedes sonreír, sin ocultar del todo tu alivio, cuando el de seguridad llega despacio desde el ascensor, inspecciona el eje sobre el que gira la barrera, trastea en el poste electrónico y acaba tirando de la barrera hacia arriba con la mano, ya está, pase ahora, deme su tarjeta, sí, a ver qué coño ocurre otra vez, disculpe, luego se la devuelvo, o le hago otra, y el hombre te saluda con un movimiento que no sabes si es una reverencia o sólo se agacha para poder ver tu rostro por la ventanilla, pero hace el movimiento dos veces y no se decide a irse, que es cuando te fijas en que lleva la bragueta abierta, y al mismo tiempo te preguntas si estará esperando una propina, aunque no te parece probable, respondes con un movimiento seco de la cabeza y metes primera para llegar a tu aparcamiento, justo al

lado de la pared, el más pequeño y más incómodo, entre el muro y un pilar que dificulta la entrada y, mientras sales del coche, vuelves a preguntarte por qué te han dado precisamente a ti el peor aparcamiento del edificio, y entras en ese otro ascensor, que llega al séptimo sin que se monte nadie en uno de los pisos intermedios, y antes de dirigirte al estudio te quedas mirando por el ventanal, ese paisaje de tejados y altos edificios en el que vuelven a elevarse las grúas que desaparecieron durante la crisis, como aves a punto de extinguirse que poco a poco regresan a colonizar un territorio, una asociación que estableces cada vez que te asomas al ventanal, pero aunque te gustaría quedarte más tiempo allí, incluso te gustaría ser todavía fumador para salir a la terraza como hacen algunos compañeros, y tienes de verdad que hacer un esfuerzo para alejarte, venga, que tienes mucho trabajo, te dices a media voz, susurrado casi entre dientes, lo repites cuando llegas al estudio, entras, saludas y mientras te diriges a tu asiento lo que te dices ahora es que tienes que evitar a toda costa que te dé un ataque de pánico, y justo en medio del gesto de sentarte agarrando los dos brazos del sillón giratorio, vuelves a pensar en Ana, acostada, dormida, desprotegida, sola. Ojalá esté sola. Y te sientes impotente e idiota ante un micrófono para hablar de esas páginas que ni recuerdas haber preparado y las sobrevuelas a toda prisa, mientras tu hija...

Tu hija qué.